

AQUEL QUE NUNCA ME DEJA

A fines del siglo XVIII, la oscura conciencia de sí, de su diferencia de lo español, que los habaneros comienzan a alcanzar a raíz de la toma de su ciudad por los británicos y que, por otras motivaciones, va a producirse también en Santiago de Cuba, parece calar en las más sobresalientes sensibilidades de la Isla: las de sus poetas.

Esa sensibilidad camina por el sendero abierto por el canario Silvestre de Balboa en su discutido *Espejo de paciencia*. Se encamina—antes que don Andrés Bello— a cantar «la agricultura de la zona tórrida», a elogiar las frutas, la naturaleza cubana. En esta dirección está, claro, la famosa «Oda a la piña», del habanero Manuel de Zequeira, quien a principios del siglo XIX irá a Suramérica a combatir contra Bolívar, como teniente del ejército español, y llegará a ser coronel de infantería. Pero este militar al servicio de España había estudiado en el seminario de San Carlos y colaboraría mucho en la organización de la Sociedad Patriótica, luego Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Zequeira canta a una piña apuntalada con todo el aval de la mitología grecolatina: Ceres, Vesta, Ganimedes, Venus intervienen en esta consagración de la primavera insular, de la que sería nuestra «reina de las frutas». Nuestra, sí, porque Zequeira, desde algún recoveco de su sensibilidad, casi seguramente sin sentirla como tal aún (¿quién puede asegurarlo?, ¿no se ha dicho que el poeta es profeta?) se sacó la palabra que iba a llenar páginas y páginas en los años venideros:

*Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.*

Mágica, terrible palabra, que no ha cesado de desvelar, hacer soñar, cantar, sufrir, ilusionarse, morir a los cubanos.

Pero la patria no es la patria todavía. Están también —junto a la piña de Zequeira, acaso en la misma tarima del mercado— las sabrosas frutas del santiaguero Manuel Justo de Rubalcava, que van integrando la sólida cornucopia de una tierra distinta de la española; mas faltaban años para asistir al nacimiento de las palmas, que Heredia no ve, sino que (más fuertemente aún, por estar más cerca del alma) imagina junto al torrente poderoso de la catarata del Ontario.

La riqueza de Cuba, el esplendor azucarero se va a afianzar al inicio del siglo XIX, como ya vimos, por la caotizadora revolución de Haití. La revolución de Toussaint L'Ouverture pondrá todo el mercado azucarero en Cuba, que, además, se agencia la poderosa emigración francesa en su oriente, como fruto más para el ya a punto ajiaco nacional.

Don Francisco de Arango y Parreño prevé el cúmulo de riqueza que producirá la industria azucarera e inicia un pensamiento reformista el cual, de una manera u otra, va a nuclear a su alrededor una poderosa intelectualidad. Esa capa pensante ya será, desde entonces,

la generadora de los cambios y proyectos de cambios en la Isla, uniendo y dirigiendo a los estamentos sociales que fueron anhelando, sucesivamente, la transformación de Cuba.

A principios del siglo XIX esa intelectualidad reúne personalidades como Varela, Heredia, José Antonio Saco, Domingo del Monte, Luz y Caballero, José Jacinto Milanés, Anselmo Suárez y Romero, Cirilo Villaverde, el mulato Gabriel de la Concepción Valdés y el negro esclavo Juan Francisco Manzano, para no mencionar a Gertrudis Gómez de Avellaneda, cubana siempre, aunque se radicara en España y los peninsulares la consideren suya.

Por supuesto, hay entre estos nombres –demasiado rápidamente consignados– las más diversas ideologías. Pero todos contribuyen en distinta y creciente medida, a ir creando en Cuba un pensamiento «para sí», una comprensión de sus modos de ser, de sus problemas y de las eventuales fórmulas para la solución de ellos.

El epítome de esa intelectualidad, a fines del siglo, es José Martí, el habanero hijo de valenciano y canaria que diseña el proyecto de la república cubana a finales del siglo XIX.

Claro que Martí –¿cómo iba a ser de otra manera?– asume la tradición independentista que desencadenó la Guerra del 68 y se vincula a los líderes históricos (Gómez, los Maceo, Calixto García, Flor Crombet *et al.*) capaces de llevar adelante lo que él llamó «la guerra necesaria».

Pero si es heredero y continuador de esa tradición de acción, lo es también de la poesía y del gran pensamiento cubano que lo preceden: Varela, Heredia, Luz, Saco, Del Monte, Mendive. Él valoró con justicia la importancia del brillante pensamiento del reformismo y, por supuesto, del que expresa –en Varela y Heredia– un temprano independentismo. Él hace la fusión en sí mismo de las herencias de los hombres de acción y de los intelectuales de la Isla.

Pero con Martí ese proyecto hereditario se transforma radicalmente. No sólo porque va a buscar su apoyo en los sectores populares, en quienes él llama «los pobres de la tierra», en un mo-

mento en que las clases poseedoras han sido muy menguadas en Cuba, arruinadas por la guerra, sino por ser un político que crea su programa haciéndolo surgir de y apoyándolo en la filosofía y la poesía.

Martí vive en la etapa de su madurez intelectual en los Estados Unidos. Exactamente en Nueva York. Ahí asiste a la fase de plenitud del capitalismo norteamericano y al instante en que éste va a dar el salto a su expansión financiera. Martí es, en Norteamérica, un escritor, un periodista que hace llegar su riquísima visión del gran país del norte a las páginas de los más importantes diarios de Hispanoamérica, como *La Nación*, de Buenos Aires, *La Opinión Nacional*, de Venezuela, o *El Partido Liberal*, de México.

Las primeras crónicas de Martí en los Estados Unidos, son las del ciudadano de una colonia tiranizada por su metrópoli, que choca de pronto con la democracia liberal norteamericana y, en cierto sentido, se deslumbra. Paulatinamente, sin embargo, esa visión comienza a cambiar. Las crónicas escritas ya a fines de la década de 1880 muestran a un Martí que ha comprendido que la democracia estadounidense ha sido totalmente condicionada por la riqueza. La república democrática se ha convertido en una «república de clases», incapaz por serlo, de garantizar la que él quería como ley primera de la república: el culto a la dignidad plena del hombre.

A fines de la mencionada década del siglo XIX Martí ha conformado una inapelable visión crítica sobre el capitalismo norteamericano.

En las magistrales crónicas que escribe para el diario argentino *La Nación*, en torno al proceso en el que son condenados a la horca los anarquistas de Chicago, sus juicios resultan terminantes. Al señalar las causas que motivan una huelga en demanda del cumplimiento de la jornada laboral de ocho horas, tal y como legalmente estaba establecido, escribe:

¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

Y, en su valoración completa del episodio:

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos. Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

No será uno trazado a partir del norteamericano, el modelo de sociedad que quiere para Cuba ni para la que denominará, apenas tres años después, en un famoso ensayo, «Nuestra América».

El día anterior a su muerte en Dos Ríos le escribe a su hermano mexicano Manuel Mercado, que todo el objetivo de su lucha ha sido:

impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Es en esta carta donde escribe: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: –y mi honda es la de David».

En Martí se produce un extrañísimo caso en el que un mismo hombre es, a la vez, el mayor pensador, el mayor escritor y el mayor político de su país. Es el generador de una guerra independentista en la que muere, y los cubanos van a padecer permanentemente la frustración de no haber sido gobernados por el único hombre que ellos pensaban que lo merecía.

Tengo una amiga, profesora de literatura cubana y gran conocedora de nuestra historia, quien dice que él es el único presidente que ha tenido Cuba. Inderrocable, además, por ser un presidente del anhelo y el sueño. Porque no es, no fue, un presidente real. Nunca tuvo la posibilidad de fracasar o corromperse. Es el amor soñado y frustrado del pueblo cubano: el amor que no se puede olvidar. Todos los líderes del país, no importa cuál fuera su ideología o su moral personal, lo han invocado y han aspirado a sostenerse en su nombre, casi siempre engañosamente. Es la encarnación del ideal que el cubano respeta y venera.

Algunos han tratado de «santificarlo». Incluso, con ese adjetivo de santo, se editó hace años un famoso estudio de Luis Rodríguez Embil. Jorge Mañach le dio otro apelativo religioso, que tuvo mucha más fortuna: el de Apóstol. Acaso porque podía laicizarse, y ver a Martí como el propagador de una doctrina que es casi religión, sobre todo por el fervor que concita. Sólo que, en la persona de Martí, se reunirían los doce discípulos y el maestro generador de las ideas.

Siempre me ha parecido ejemplar aquella desolada crónica que Rubén Darío publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, al producirse la muerte de Martí. Ejemplar por el acierto del nicaragüense al valorar a un escritor que no tenía aún el reconocimiento al que era acreedor; ejemplar, hasta en el reproche formulado a la Cuba por la que Martí entregó la vida:

¡Oh Cuba! Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español en no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía: pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud, que pierde en él quizá al primero de sus maestros; ¡pertenecía al provenir!

Ése es otro drama que Cuba ha enfrentado al asumir esa herencia maravillosa y abrumadora que es Martí: el sentir la presencia de un hombre y un pensamiento acaso demasiado grandes para ella, acaso demasiado grandes para el mundo.

La real seriedad de Martí está en su programa, en su manera de pensar al hombre y al cubano, en su utopía, que ha desbancado para siempre cualquier otro pensamiento político en la Isla. Ahí está su grandeza, que pudiera ser también una fuerza arrasadora, porque implica la persecución de un ideal, de una norma moral, de un ideal inalcanzable de justicia y belleza colectivas que es siempre el paradigma, el supremo objetivo del país y de sus hombres.

Cuba está llena del lamento por Martí. Desde la famosa «Clave», en verdad una elegía a una cantante de un coro habanero –Caridad– y que Alberto Villalón convirtió en la «Clave a Martí»:

*Aquí falta, señores, una voz:
la clarina de mi clave,
la de la voz más suave
Caridad se llamó.*

Apoyándose en el lamento por la desaparición de la clarina, la «Clave a Martí» resulta una elegía peculiar. No es simplemente el lamento por el muerto ilustre. No es el elogio del héroe caído, cuyas

virtudes se exaltan. Es el lamento por el desamparo en que nos dejó a los cubanos:

*Aquí falta, señores, una voz
de ese sinsonte cubano,
de ese mártir hermano
que Martí se llamó.*

La «clave» concluía con la lamentación, con el llanto por lo irreparable, por lo que no tiene remedio:

*Martí no debió de morir:
Si fuera el maestro y el guía,
otro gallo cantarí,
la patria se salvaría
y Cuba sería feliz.*

No sé en qué momento de la vida republicana—seguramente en el primer tercio del siglo xx, en los años de la tiranía de Machado—, Villalón tuvo la idea de incorporarle ese texto a la vieja clave folklórica. Se cantó desde entonces para subrayar esa frustración, ese anhelo de hacer volver al apóstol desaparecido, de entregarle poéticamente la conducción de la patria que no pudo tener.

Al dúo Cabrisas-Farach se le ocurrió hacer triunfal (y fidelista) su letra, en los años iniciales de la Revolución, cambiando el cambio del viejo trovador:

*Martí ahora vuelve a vivir:
Hoy es el maestro y el guía:
la revolución inspira,
ya Fidel sirve de guía
y mi Cuba ya es feliz.*

Cuando el proceso revolucionario se radicalizó, los integrantes del dúo marcharon a los Estados Unidos y al aparecer el proyecto de Radio Martí, durante el gobierno de Ronald Reagan, allí estaba como tema de la emisora, la vieja «Clave a Martí» de Alberto Villalón, cantada por el dúo Cabrisas-Farach.

Pero, al margen de cualquier manipulación –que él ha sufrido como nadie–, Martí produce la percepción de una grandeza que parece inalcanzable.

Uno de sus más importantes estudiosos en Cuba, Roberto Fernández Retamar, cuando lo ve (en su poema «Usted tenía razón, Tallet, somos hombres de transición») desde su propia condición de poeta, va a colocar al sujeto lírico que representa al autor, como una transición

*entre algún guapo de barrio y José Martí,
que exaltaba y avergonzaba brillando como una estrella.*

Dos verbos capitales emplea aquí el poeta, en una comprensión que puede ser más honda que la de cualquier ensayo: *exaltar*, con la fuerza conmovedora de su persona, su pensamiento y su palabra; *avergonzar*, porque esa fuerza es tal, que resulta inalcanzable, como puede serlo un astro; porque la vergüenza proviene del hecho de ser hombres como Martí, pero él está muy por encima de nosotros.

Una percepción análoga he visto hace poco en un ensayo del poeta José Kozer, un judío viboreño que marchó con sus padres a Nueva York en 1960, a los veinte años, y que ha vivido allí con una entrañable fidelidad a lo cubano. En un ensayo que él titula «Martí, una ansiedad», escribe:

Esto, lo intuyo de muchacho, lo reconozco ahora, es demasiado alto. Es imposible vivir con el lenguaje y la pureza ética del Apóstol.

[...]

Pero tampoco invoqué su nombre, porque ese nombre contenía y contiene una tal enrarecida altura de amor y verdad que lo mejor es callarlo hacia afuera y recordarlo constantemente, como a un Cristo, a un Buda, a un Gandhi, hacia adentro. Es lo mejor, evitarlo. Lo mejor es seguir viviendo esta ansiedad, esta ansiedad de su influencia y martirologio, la del Martí, mártir.

En los últimos años ha aparecido entre algunos jóvenes escritores cubanos –al menos, dos de ellos son exiliados–, una tendencia a la «desa-cralización» martiana. Creo que ésta tiene varias aristas. Tal vez la más obvia y la menos importante es la que representa un artículo de Antonio José Ponte escrito en torno al centenario de la muerte de Martí, «El abrigo de aire», la cual funciona con la misma mentalidad de los magnicidas gratuitos o de Eróstrato quemando el templo de Diana en Éfeso, simplemente para conseguir un insano protagonismo. Es un puro acto escandaloso que quiere procurarse el auditorio que los escándalos confieren. Se trata de alcanzar, si no la fama, al menos la notoriedad.

Más seria –y más peligrosa– me parece la proyección de Rafael Rojas, cuando intenta reivindicar una suerte de patriotismo *light*, descafeinado, como alternativa frente al patriotismo martiano. Ponte también conecta con esta perspectiva, pero sus desplantes exhibicionistas, o su sinceridad, le restan fuerza a su propuesta.

Éste es una suerte de neoconservadurismo que tiene una respetable (y triste) historia en la cultura cubana que ciertamente se debe estudiar, pero que desde su primera formulación ha estado siempre condenado al fracaso. Es la alternativa reformista vilipendiada por Tacón; son los autonomistas de finales del siglo –los rivales de Martí– maltratados por los integristas peninsulares de la colonia; es Jorge Mañach aspirando a convertirse en el ideólogo de una viceburguesía

que no quería ninguno, como nunca quiso —no quiere— escritores ni pensadores, pues ya todo lo han pensado por ella.

Acaso en algún momento Cuba se permita superar el pensamiento martiano. Creo que ello sólo sería posible cuando el programa martiano se haya conseguido plenamente y su doble anhelo —la independencia de Cuba y la libertad de los cubanos— se haya asegurado. Lo que Cuba nunca podría hacer, a menos que quiera suicidarse como nación, es cancelar ese pensamiento. ¿Desean sus impulsores esa cancelación, conjuntamente con el suicidio de la nación cubana? Ojalá no lo quieran, porque de todos modos sería inútil. Pese a sus enemigos y manipuladores, pese a quienes todavía no lo entienden, Martí es la suprema riqueza de los cubanos y la ansiedad permanente del mayor y más alto destino imaginado para este pueblo. Porque si es Apóstol, lo es de algo que va mucho más allá de la independencia cubana. Es el Apóstol de un destino que todavía espera por nosotros.

Ahí está Martí, estará siempre para los cubanos. A menos que la Isla vuelva al fondo del mar que la rodea.

DIOS Y EL DIABLO EN LA TIERRA DEL SOL

He estado una vez en el desasosiego de una Semana Santa en Sevilla. He visto a una ciudad volcada en la asunción de un extraño culto, tan cristiano como pagano. Los «pasos» de las Hermandades transitaban por las calles sevillanas y la gente esperaba al Silencio, al Cristo de los Gitanos, a la virgen de Triana, a la Macarena, como si las procesiones católicas fueran también un insólito desfile de carnaval. Los sevillanos lanzaban terrenales piropos a las imágenes de la madre de Dios que cruzaban por la ciudad. Le escuché a una señora el que, para ella, era el mayor requiebro posible para la «trianera»: «¡Qué belleza! Parece una mujer». Bajo los pasos, los costaleros que los sostenían iban bebiendo garrafas de vino llevadas allí para animarse en el largo recorrido. En los cafés, en los bares, en las tascas de Sevilla, corría el vino a raudales, se escuchaba música, se bailaba. Era como si Doña Cuaresma hubiera sido súbitamente poseída por Don Carnal.

Pero si uno iba en esas fechas al norte —pongamos, a Valladolid— encontraría un espectáculo totalmente diferente: contención, recogimiento, trajes oscuros, silencio. Ni vino ni guitarras por ninguna parte. Para mí, paradójicamente, la imagen familiar, la que me recordaba las Semanas Santas de mi infancia en Cuba, no era la sevillana, sino la vallisoletana.

Recuerdo el Jueves Santo recorriendo de niño, con mi madre, las iglesias de Santiago de Cuba: Santo Tomás, San Francisco, Dolores, Santa Lucía, la de la Trinidad, la Catedral.

A pesar de la proximidad de caracteres entre cubanos y andaluces, a pesar de los vínculos históricos entre Sevilla y La Habana, a pesar del común mestizaje de Cuba y Andalucía, el clero español radicado en la Isla había escogido para la Semana Santa cubana, desde sus orígenes, un modelo sombrío, castellano, casi visigótico. Porque para producir en La Habana algo semejante a lo que ocurre en Sevilla, hubiera sido necesario afincarse en el sentimiento popular, volver mestiza la conmemoración cristiana, como lo es en Sevilla, y permitir que las imágenes sincréticas de los *orishas*, los rituales del espiritismo, los cultos del Palo Monte entraran en la fiesta.

Ello jamás se permitió, y era una prueba más del secular desconocimiento o el conciente rechazo que siempre ha tenido la Iglesia católica de las peculiaridades del sentimiento religioso popular cubano.

Todavía en 1998, cuando Juan Pablo II efectuó su ya histórica visita a Cuba, rehusó (por el consejo de las autoridades eclesiásticas cubanas, supongo) reunirse con los babalawos y diversos sacerdotes de los varios cultos religiosos de origen africano arraigados en Cuba, todos ellos con vínculos con las creencias del catolicismo. Sin embargo, tuvo encuentros con evangélicos y judíos, comunidades de creyentes de muchísimo menos peso en la religiosidad nacional. Mi opinión es que ello continuaba una trayectoria de rechazo a lo popular que estaba en la historia de la Iglesia católica cubana desde sus orígenes.

La Iglesia católica en Cuba defendió siempre las ideas más conservadoras y se vinculó históricamente a las clases más ricas del país. Es cierto—como dijo durante la visita del Papa el arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Meurisse— que el Gobierno cubano promovió el ateísmo desde su posición de poder, pero lo es también que la Iglesia católica se alió a las clases poseedoras cubanas o, mejor, revalidó esa alianza, que era histórica. Tal vez por eso, con una extraña e impolítica sinceridad, Meurisse evaluó la década de los años cincuenta, como la del esplendor de la Iglesia católica en Cuba,

aunque cientos de jóvenes fueran torturados y asesinados por las fuerzas policíacas, mientras el cardenal Arteaga acudía a bendecir a Batista en el palacio presidencial recién asaltado por los estudiantes.

No otra cosa ocurre en nuestro siglo XIX: todo el movimiento separatista cubano, integrado casi en su totalidad por creyentes, está esencialmente separado de las estructuras de poder de la Iglesia católica. El predominio de las prácticas masónicas entre nuestros más notables próceres independentistas (con la sola excepción del precursor, el sacerdote Félix Varela, condenado por la Iglesia en Cuba y que vivió su vida como exiliado en los Estados Unidos), desde Céspedes hasta Maceo y Martí, dan noticia de un movimiento esencialmente laico y en el que la Iglesia católica no tenía ascendencia.

El cubano conoce el anticlericalismo de José Martí quien, en 1887, rechazaba en Nueva York la excomunión del sacerdote norteamericano McGlynn, el cura de los pobres. Todavía resuena la indignación de la crónica martiana dirigida al diario *El Partido Liberal*, de México.

¿Conque hoy, como hace cuatro siglos, el que se niega a retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, o tiene que ser vil, y negar lo que está viendo, o en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¿Conque la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahítos, y arremete con ellos como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin empleo lo que bastaría a sustentar a cincuenta mil hombres?

Y alzaba Martí la voz airada contra

esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio [...].

Recientemente, Juan Pablo II ha ofrecido disculpas —¡al fin!— por la Inquisición y por los numerosos crímenes cometidos por la Iglesia católica en su larga existencia. Pero él mismo humilló en Nicaragua a los tres sacerdotes que ocupaban cargos de ministros en el Gobierno de la Revolución Sandinista, que puso fin a una de las más oprobiosas tiranías de la historia y que fue desplazada del poder para dar paso al corruptísimo régimen de Arnoldo Alemán. Tal vez algún Papa, en el 2700, ofrezca disculpas por esa conducta de Juan Pablo II. La Iglesia que actúa en Cuba en el año 1959 y los siguientes, es una Iglesia estrechamente relacionada con los núcleos de poder económico de la burguesía cubana que emigró, y como tal se comporta. De ahí el rápido desarraigo de su precaria influencia entre las clases populares de Cuba, aunque siga subsistiendo la condición de creyentes de muchos cubanos, que más que militar en una religión, practican una «religiosidad», en el sentido de creencia, al margen de una estructura organizativa como la entiende Martin P. Nilsson.

En su libro *El arte de la espera*, Rafael Rojas señala que «una de las paradojas del comunismo cubano es que entrega un pueblo tan o más católico que el que recibió hace cuarenta años». No se precisa en cuáles datos, en cuáles cifras se apoya el autor para formular esa taxativa afirmación. Si Rojas hubiera escrito «un pueblo tan o más creyente que el que recibió hace cuarenta años», ello sería atendible, porque también podría significar «un pueblo tan poco o menos católico que el que recibió hace cuarenta años». Ello, claro, si entendemos por militancia católica la sujeción de sus adeptos a la Iglesia de tal nombre.

Si la verdadera militancia en la Iglesia católica no existe, Rojas convendrá en que no hay entonces «catolicidad» en el cubano ac-

tual, sino las difusas creencias que se escapan de las estrictas normas dictadas por una Iglesia concreta. Se trata, entonces, de una «religiosidad».

Tampoco sé, si aun reformulada en esos términos, sea cierta esa aseveración, pero tampoco me interesa discutirla, porque su certeza no es asunto de puntos de vista sino de estadísticas, que ni él ni yo manejamos. Pero Rojas incluye una apreciación que sí me parece muy interesante.

Escribe él sobre las «resonancias católicas» que persisten en las que llama las «élites» del pensamiento revolucionario en Cuba. Afirma: «Sean masones o espiritistas, liberales o marxistas, los miembros de esas élites han compartido un imaginario de fuerte resonancia católica». Y continúa: «Los intelectuales y políticos cubanos desde Félix Varela hasta Cintio Vitier y desde José Martí hasta Fidel Castro, han hecho de esa creencia en el destino nacional una fe religiosa».

Me parece muy interesante esta apreciación de Rojas. Pero habría que decir que esas «resonancias» son, más que «católicas», «cristianas» en un sentido más amplio y a la vez, aunque parezca paradójico, más preciso.

El cristianismo constituye un complejo religioso de vastísimo alcance y con una historia que está cumpliendo los veinte siglos. Se trata de una religión despojada de características que la circunscriban a una nación o un pueblo determinados. Es lo suficientemente universal como para arraigarse en Europa, en América, en Asia y en África. Es una religión mística porque ella implica la aspiración de sus fieles a una vida trascendente, más allá de la muerte:

*esta vida es el camino
para la otra, que es morada
sin pesar;*

había escrito Jorge Manrique en el siglo xv, poniendo en versos una concepción esencial del fundamentalismo cristiano medieval.

Pero esa religión mística es también una religión democrática. Mientras las antiguas religiones dominantes del Egipto, de Grecia y de Roma perpetuaban en la vida ultraterrena la separación en clases sociales, el cristianismo proponía el juicio ultraterreno de los hombres no por su origen o por sus riquezas, sino con arreglo a unas normas morales que incluían el amor al prójimo, la caridad y la justicia. No resultó para nada extraño que fuera una religión practicada por los pobres e incluso por los esclavos. Se ha dicho que el término *redemptio*, que después se aplicaría a la salvación cristiana del alma humana, originalmente se aplicaba en Roma para significar la liberación de un esclavo.

El cristianismo, por su universalidad, brindó al imperio romano la capacidad de unificar espiritualmente la heterogeneidad de los diversos pueblos reunidos en su vasto territorio, y pasó a ser la religión oficial de la fase final del imperio, luego de haber sido tenazmente perseguido por él. En el mundo medieval llegó a ser poder secular, y desafiaba el dominio de reyes y emperadores. Ha sabido transformarse en su larga historia, incluso disgregándose a la altura del siglo XVI en las múltiples iglesias evangélicas y en la ortodoxa. Pese a la existencia de sangrientas guerras de religión, el cristianismo ha sobrevivido a varios regímenes sociales y ha permitido diversas y aun antagónicas lecturas de sus valores. Afirma Rojas:

La tradición más fuerte de la cultura política cubana, que no es liberal ni democrática sino republicana, tiende a convertirse, de hecho, en una ética sacrificial, en una religión civil. Por ella el ciudadano virtuoso, lo mismo el mambí del siglo XIX que el revolucionario del siglo XX, responde al arquetipo del mártir cristiano, que se sacrifica por un credo: el credo saturnino de la patria.

No estoy seguro de la existencia de ese culto a la república que Rojas le atribuye tanto al mambí como al revolucionario del siglo xx. Más que el culto a una forma institucional determinada, la republicana, que en Cuba sufrió el enorme descrédito de la maltrecha república surgida bajo el tutelaje norteamericano y que transcurrió de 1902 a 1958, el cubano ha exhibido siempre el culto por la patria y su independencia y a lo que Martí llamó «la dignidad plena del hombre».

Ciertamente, la larga y diversa historia del cristianismo, desde sus orígenes como religión de los esclavos hasta su inserción en las estructuras del poder, ha permitido y permitirá las más diversas «lecturas» de su credo que incluyen, por ejemplo, al Cristo como filósofo delirante, humanista y anarquizante de Mijail Bulgakov en *El maestro y Margarita* y hasta al *hippie* de *Jesucristo Superstar*. Entre esas posibles imágenes está, sin duda, la del doctrinario convencido, capaz de desafiar el poder establecido y morir por la causa en la que cree, que Fidel Castro ha invocado numerosas veces.

Esa resonancia cristiana está innegablemente en la cultura política cubana y ha servido para reforzar con su arraigo místico, la idea central del himno de la nación, que ya la asume: *morir por la patria es vivir*. Pero adviértase también que esa moral de claras resonancias místicas está concebida para y dirigida a un desempeño terrenal. Es una sublimación de las tareas que la historia le ha impuesto al cubano. De ahí la exigencia de sacrificio *en la vida* que el cubano reclama de sus jefes, por ser la definitiva prueba de la legitimidad de su liderazgo, como he escrito antes.

Las resonancias cristianas son parte esencial de la cultura cubana pero, como el cubano rehúye las perspectivas apocalípticas y fundamentalistas, ellas se vuelcan hacia una materialización humana que lima muy eficazmente las aristas de su trascendentalismo místico.

El carácter ecléctico, mestizo, impuro de la cultura cubana imparte su especial sello a nuestra religiosidad. Como dijera Alejo Carpentier en su ensayo *La ciudad de las columnas*, valorando el estilo arquitectónico de La Habana, hay en ese eclecticismo, en esa

esencial impureza de la cultura cubana, una unidad «otra», una suerte de pureza de lo impuro.

Tal impureza, a mi modo de ver, conecta especialmente con las peculiaridades de las religiones de origen africano arraigadas en la Isla, en las cuales la absoluta escisión, la delimitación de lo bueno y lo malo propias del monoteísmo judeo-cristiano no existen, y las deidades son capaces, atendiendo a sus diversos «camino» o avatares, de hacer lo mismo el bien que el mal.

Ochún, la orisha cubana por excelencia (recuérdese que ya no es negra sino mulata y se sincretiza con la virgen de la Caridad, patrona de Cuba), puede ser, entre otras muchas más, la dispendiosa y fiestera *Ochún Yeyé Kari* o *Yeyé Moro*, alegre, coqueta, «ligera de cascos», como también *Ochún Yumú* u *Ochún Gumí*, que teje mantas y es ajena a las diversiones; *Ochún Olodi*, casera y señora de respeto; *Ochún Funké*, con grandes conocimientos y capacidades para transmitirlos; u *Ochún Edé*, amante de la música y las fiestas, pero gran señora y juiciosa.

En *La isla que se repite*, su notable ensayo sobre la cultura del Caribe, Antonio Benítez Rojo señala las resonancias religiosas que relacionan la política en estas islas con las diversas prácticas religiosas sincréticas registradas en la formación de sus culturas.

En lo que respecta a Cuba, Benítez alude, entre otras, a las referencias de Tad Szulc en su conocida biografía de Fidel Castro (*Fidel, a Critical Portrait*), en torno al momento de la entrada de Fidel en La Habana, cuando pronuncia el primer discurso en la capital después de la victoria, el 8 de enero de 1959. Escribe el periodista norteamericano, al que cito en la traducción de Benítez:

Cuando terminaba de hablar, las luces que le bañaban iluminaron un par de palomas blancas que de repente se habían posado en su hombro. Este asombroso simbolismo arrancó una explosión de «¡FIDEL!..., ¡FIDEL!..., ¡FIDEL!», mientras la noche era acaricia-

da por los primeros claros del alba. Los cubanos son gentes que poseen poderosas supersticiones religiosas y espiritistas, tan antiguas como las tradiciones afrocubanas del tiempo de la esclavitud, y aquella noche de enero confirmó su fe: la paloma, en los mitos cubanos representa vida, y ahora Fidel tenía su protección. Y en adelante había de ocurrir que cada vez que Fidel se dirigiera al pueblo, éste recordaría las palomas posadas en su hombro. La deificación de Fidel Castro en los días que siguieron a su victoria alcanzó a ser un fenómeno generalizado en Cuba, tan profundamente había tocado los corazones y las almas del pueblo [...]

Y prosigue Benítez Rojo:

Pero además de significar vida, la paloma blanca está ligada a Obatalá (Nuestra Señora de la Mercedes en la santería), el orisha más poderoso del panteón yoruba-cubano, de manera análoga a Júpiter, es el padre de numerosas deidades.

Otros han aludido al hecho de que el rojo y el negro, los colores de Elegguá, el orisha que abre los caminos y sin el cual no puede llevarse adelante ninguna empresa, son los de la bandera del movimiento 26 de Julio, que Fidel funda como organización central en la lucha revolucionaria.

Uno de los «caminos» de Elegguá, esa imprescindible deidad yoruba-cubana (amiga y protectora de la mulata Ochún) la identifica con el santo niño de Atocha, al que se consagra el día 1º de enero, la puerta del año, fecha del triunfo de la Revolución Cubana.

Por supuesto que, al margen de explicaciones esotéricas, hay otras fundadas en el conocimiento histórico, sociológico, psicológico y

hasta en lo casual, que concurren para explicar la preeminencia de Fidel Castro en el proceso político iniciado en 1959: eso que Tad Szulc llama su «deificación».

Pero no es menos cierto que hay formas de conocer que no resultan integrables en lo que regularmente llamamos el conocimiento científico o teórico, fundado en la experimentación, su conceptualización y, eventualmente, la formulación de las leyes que rigen los fenómenos.

Especialmente en el Caribe (y claro, en Cuba) el peso de lo «esotérico» va a tener una peculiar fuerza. Si el emigrante Benítez Rojo lo consigna, lo mismo hace desde una perspectiva revolucionaria Joel James Figarola, en un artículo aparecido en *La Gaceta de Cuba*. Escribe allí:

La Santería, el Palo Monte, el Vodú y el Espiritismo de Cordón son productos genuinos nuestros, legítimas creaciones de nuestra historia, exponentes primordiales de nuestra cultura de resistencia y liberación, expresiones de la espiritualidad del pueblo cubano sin las cuales el pueblo cubano, precisamente, dejaría de ser pueblo cubano.

Aunque estas formas religiosas se asientan en los sectores más populares del pueblo de Cuba (protagonistas esenciales de la Revolución), lo propio de las entidades culturales que merezcan tal nombre es irradiar sus valores a todo el ámbito de una sensibilidad nacional –como ocurre con los del cristianismo–, aunque la persona que los incorpore no los concientice como provenientes de una religiosidad determinada e incluso no practicada.

En cualquier caso, esos valores junto a una perspectiva católica heterodoxa, son componentes esenciales, no ya de la religiosidad existente del cubano (aunque no podamos precisar en qué medida) sino también de una sensibilidad, una intuición, una ética y,

en alguna medida, de una gnoseología presentes en nuestra percepción y valoración del mundo.

La religiosidad cubana está esencialmente marcada por su impureza, por su contaminación con otras creencias, por su promiscuidad, que la convierte en una heterodoxia. El pueblo cubano nunca se ha sentido parte de una Iglesia que nunca fue suya y sabe vinculada a impuros intereses seculares.

Por su propia constitución como pueblo, el de Cuba es ajeno a las ortodoxias y los fundamentalismos excluyentes, y a todo lo que se presente como una férrea disciplina o el dogma de las ideas.

Vuelvo a citar a Martí: «¿Dónde tienes tú escrita, Arzobispo, Papa, dónde tienes tú escrita la credencial que te da derecho a un alma?»

Pienso que esto es, acaso, lo que el católico cubano José Lezama Lima quería decir cuando afirmaba, metaforizando: *en el trópico todo se derrite*.

En ese rechazo de los dogmas, de las concepciones demasiado puras y por ello excluyentes de otras, está una de las claves esenciales de su existencia. La cubana es una religiosidad intensamente conectada con la vida y la historia del hombre de este país.